

LIBROS NUEVOS
Reseñas

GARCÍA TORO, VÍCTOR I., RAMÍREZ VERGARA,
RAFAEL L.
Y SOLANO CASTILLO, LUIS

LOS HOMBRES NO LLORAN

*Luis Felipe Díaz*¹

Las más destacadas feministas – Cixous, Irigaray, Kristeva, Braidoti – han distinguido las oposiciones de la cultura occidental para llamar la atención sobre la desventaja posición de la mujer. Diferenciada sexual y corporalmente, la mujer es llevada a ocupar la otredad, enclaustrada dentro de una estructura de poder, en la cual se le tolera en tanto sea capaz de resignarse al lugar marginal asignado. Y también a la medida en que pueda reprimir su identidad propia y aceptar las imposiciones del mandato de sujeción patriarcal. Irónico resulta que similarmente el hombre también se encuentre prisionero de esas imposiciones falócratas. Así podríamos proponerlo si meditamos detenidamente sobre la propuesta de los autores del libro que aquí consideramos: *Los hombres no lloran*. De entrada la simple llamativa portada del libro nos muestra a cuatro hombres prisioneros de la circuncisión significativa que el libro mismo nos habrá exponer y explicar.

Para Cixous, la situación de la mujer es semejante a la de la bella durmiente que sólo alcanza despertar en tanto sea besada y liberada por el hombre. Su existencia se marca por la espera del beso del príncipe, el objeto del deseo del otro que en realidad nunca llega. Pero en esta ocasión postmoderna en que vivimos tal parece que será el hombre quien dormirá en espera del beso de la mujer. Iniciará su despertar en tanto logre recuperar su verdadero y primer llanto. *Los hombres no lloran* comienza a reclamar ese proceder mediante su irónico título y a través de las consideraciones explícitas en su teorizar, en su muestreo y sus hipótesis avaladas por simpáticas estadísticas. No obstante, y

¹ Profesor Departamento de Estudios Hispánicos, Universidad de Puerto Rico en Río Piedras.

pese que es un libro de las Ciencias Sociales, lo apreciaré desde una perspectiva humanística y feminista.

En su ensayo "La risa de la Medusa", Cixous también describe cómo la exclusión de la mujer aparece relacionada con la historia occidental y su peculiar modo de supeditar el cuerpo. Pero cuando irrumpen el cuerpo femenino con todo su sentir, se disloca la política masculina que impone la tiranía andronormativa. Surgen de esa irrupción los "torrentes luminosos" y los márgenes de los excesos que se encuentran depositados en el ámbito no dominado por el macho. Se trata del momento en que la mujer se concientiza y comienza a Ser, pero sin el llanto que tanto se textualiza, es decir, cuando cobra metacognición de su incuestionada identidad y del haber reprimido el llanto. Mucho de ese proceso de concienciación lo obtenemos mediante la lectura de "Hacerse hombre contra viento y marea" de Víctor I. García Toro. Es un relato que presenta francos testimonios sobre las identidades masculinas y en el que el autor nos revela su disposición a ser un padre de nuevos horizontes.

Para Jacqueline Rose la mujer no permanece simple y llanamente dentro de las categorías impuestas por el falocentrismo patriarcal. De su alteridad surgen la neurosis, la histeria y la disfuncionalidad, lo regularmente atribuido como síntomas de incapacidad para ajustarse a las demandas de la realidad. Pero más bien se trata de conductas que señalan su resistencia a aceptar las imposiciones de la imperial política del simbólico masculino en la cultura. Sin embargo, antes que resistencia lo que desde su soberanía los hombres revelan es intolerancia ante todo lo que pueda resultar amenazante a esa política cuyo fundamento se justifica tanto en la supremacía sexual. Y de violencia y sexualidad tratan los ensayos de este libro de Víctor, Rafael y Luis, en un intento de presentar una seria y rigurosa mirada de construcción de la masculinidad en Puerto Rico. Así resulta especialmente en el bien documentado y argumentado estudio del capítulo "Masculinidad y violencia". También de manera simple pero profunda se nos expone en el ensayo inicial, titulado "El cuerpo, la atenuante valoración que los varones poseen el cuerpo como metáfora. Los dos ensayos vienen a compaginar formidablemente para aquellos que conocemos el tema desde el postfeminismo.

Estos modos de asediar las construcciones textuales y genéricas ya han llevado a Luce Irigaray, Julia Kristeva, Helena Cixous y Judith Butler, entre otras, a enfrentar el patriarcado a través del sicoanálisis y el deconstruccionismo. Sus interpretaciones nos exponen de manera suspicaz la alegoría bíblica que le

confiere la voz inicial al Padre Celestial, y la voz secundaria se le depara a la serpiente, al adversario deconstrutor procedente de las afueras y la marginalidad. Bien se podría argüir que la voz de la serpiente ofrece una representación del hermano (presumimos que andrógino), que en una ocasión anterior al evento relatado ha sido expulsado por el Padre, y enviado a las afueras del espacio primigenio de expresión. La mariconil serpiente emerge entonces como voz opositora para aliarse a la mujer y revelararle la verdad alterna a la autoridad y hegemonía del padre e instigar a la ruptura y discordia. Y luego de expuesta la verdad y la desobediencia los transgresores son expulsados del espacio primigenio (Eva carga toda la culpa, por supuesto) para rodar nómádicos por los ámbitos otreicos, movidos por el deseo sin objeto definido y por el lenguaje secundario desprendido de un supuesto y estable original. Mas el poderoso lenguaje falocéntrico se ve sometido en la actualidad al proceso deconstrutor realizado por los transgresores hijos del postpatriarcado, quienes se proponen crear una distinta sociedad con un nuevo hombre. En tal sentido, este libro se destaca de una manera visceral en este singular evento. Pese a que la mayoría de los ensayos han sido escritos con el rigor incluso estadísticos que exige el campo de las Ciencias Sociales no dejan de ser accesibles al lector profesional más convencional. La rebelión del hombre contra su propio texto emergería en el momento en que éste sujeto se enfrenta a su propio llanto, a su catarsis, a su conjuro en otro capaz de verse a sí mismo en un nuevo espejo. No es de extrañar que el protagonista que García Toro nos presenta en su relato se identifique con la imagen de la madre, la hermana, y finalmente la de su hija y que proponga un nuevo tipo de subjetividad masculina a finales de su discurso.

En su resistencia al patriarcado la mujer se inclina por el pre-imaginario y lo preedípico, la etapa que Kristeva reconoce como el orden asociado con lo maternal y sus registros corporales y anteriores al ingreso en el orden simbólico de imposiciones falócratas. Esta primitiva etapa parece centrada en el cuerpo y la madre, y es anterior a la diferencia sexual que impone la ley del padre. Tanto el niño como la niña participan de este estadio que impondrá sus ritmos libidinales, deslices, silencios, rupturas y discontinuidades. Se trata de una semiótica no constitutiva de un solo género sino representativa de un modo de ser en los sujetos independientemente de sus identidades sexuales específicas. Pero los problemas surgen precisamente en la fase de la ley del padre y los estragos que la misma causa al marginar y perturbar el fluir de las significaciones que vinculan a la madre o a lo alterno. El libro que reseñamos nos ofrece abundantes citas de discursos machistas cargados de titubeos, risas, nerviosas, dudas, temores, eufemismos y múltiples muletillas que ocultan tanto de lo que

realmente pueden ser los hombres. Las transcripciones que incluye el libro ofrecen, en ese sentido, una gran mina para la psicolingüística y la exploración del fenómeno del macho que no sólo aparece incapacitado para llorar sino que no se ha instalado en el justo espacio del deseo y del discurso. Así, se sugiere que el hombre debe explorar su pre-historia y comenzar a crear un nuevo lenguaje que le ponga en contacto con una subjetividad más apropiada. Esta subjetividad tendría incluso que superar la persecución de la madre fálica, como se nos sugiere a finales del relato de Toro.

Los hombres no lloran nos remite a mucho de lo señalado por Luce Irigaray, quien siguiendo el deconstruccionismo derridiano, distingue cómo el discurso occidentalista privilegia la ilusoria unidad del yo, lo virtualmente visible y la erección fálica. Se demarca así, para Irigaray, la diferencia entre lo visible e invisible, el adentro esencialista de la vagina que recibe el semen o el afuera anal que expulsa lo abyecto relacionado con la temida homosexualidad. Pero esta morfología tan oportuna para la representación patriarcal no le corresponde necesariamente a la sexualidad de la mujer. La mujer no es tan dada al pánico de la oscuridad en la cueva platónica que marca la ansiedad masculina al no poder alcanzar la mirada totalitaria y depredadora y al temer la dependencia de otras áreas corporales que implicarían distintos modos de enfrentarse a la oscuridad y el orificio vaginal (o anal) de la cueva. Las voces de los entrevistados que nos muestra *Los hombres no lloran* evidencian mucho de estos temores de la soberbia machista que carga la sombra de su propia fatuidad. El anillo de contención que los rodea, como vemos en la portada, es creado para formar su propia casamiento, que lo es más con su narcisismo fálico, el que a la larga los estrangula. Sorprende del interesante ensayo “El cuerpo” de Luis Solano Castillo el que incluso varios de los estudiantes universitarios en general se expresen dando esta vez nuevos contornos al inaugural anillo del narcisismo mediático y postmoderno que en nuestros tiempos rodea a los hombres.

Para muchos analistas del género, al final de las luchas binarias de lo masculino vs. lo femenino que dominan la epistemología falócrata sólo se puede encontrar el fascismo y la muerte. Para que uno de los términos en la pugna pueda adquirir significado se tiene que recurrir a la violencia y la depredación que lleva al exterminio de una de las partes. En el patriarcado, ya desde un principio el varón se concibe triunfante, y con su amenaza de exterminio no deja margen de significación abierta y dinámica a la diferencia. El ensayo “Masculinidad y violencia” del libro bien nos expone ese sujeto víctima de la enajenación

masculinizante, que incluso en la cárcel, esa cronotopía metonímica del encerramiento que sólo presagia la tumba y la muerte, se convierte en depredador de sus propios pares. En ese enclaustrado microcosmos se expresa lo peor de la paranoia masculina, como bien lo dejan ver las entrevistas. Será ahí donde el sujeto del homodeseo se convierta en la peor víctima de la violencia mimética de todos contra el uno subrogado y diferente. Interesante en este aspecto resulta el ensayo “El deseo homoerótico”, el cual o deja de estar exento de anomalías expresivas, como catalogar el homodeseo desde la “preferencia” sexual en vez de orientación, expresión, manifestación, identidad. La teoría de la construcción identitaria es anticartesiana y por ello no se debe aludir a un sujeto que libremente elige o prefiere. Ya se sabe que incluso hay construcciones genéticas determinantes en la conducta sexual y genérica. El ámbito científico de la química orgánica anula las categorías de hombre y mujer y lo que se entiende como derivaciones o desviaciones de estas dos metáforas.

Los autores siguen a Foucault y su reconocimiento del poder y sus dispositivos, no como objeto que solamente está allí afuera, visible e identificable, sino como algo que se metonimiza en muchas partes y que repercute en la imagen que se posee del propio cuerpo y su actuación. El poder no se reduce únicamente a lo impuesto desde afuera por la ideología del Estado, sino a lo que emana de la ideología implícita en la imagen que los sujetos obtienen de su propia corporeidad y en la posición de ésta dentro de su registro de lo femenino – masculino (y sus gamas intermedias) en un espacio semántico y pragmático de acción. Pero, como bien lo sugieren los autores, la representación genérica se relaciona con la ideología y con los valores de intercambio de signos o de la performatividad del cuerpo en la cultura. Resulta de ese modo la práctica performance en la cultura y la manera de comunicar incluida sobre todo la comunicación violenta. Tal es lo que se desprende del discurso de los entrevistados a lo largo del libro, especialmente en el capítulo dedicado a los reclusos.

La óptica que persigue el libro destaca la vertiente de la corporeidad y la capacidad de criticar la miopía masculinizante. Se reclama superar la corta mirada androcéntrica, incapaz de reconocer el cuerpo que se posa frente al espejo y que sólo puede recurrir al imaginario dominado por el significativo fálico. Se nos muestra cómo el hombre deviene un sujeto a través de la mirada enajenada de su propia representación, guiado por la ficción y el libreto de un yo ideal cuyo agenciamiento patriarcal lo lleva a abandonar el ámbito imaginario en la etapa primigenia que pone en contacto con “las cosas bellas de la vida”, según dice el protagonista de Toro respecto de su madre. Pero si el hombre

moderno ha construido su subjetividad a base del desconocimiento u olvido de su propia imagen corporal primigenia y de su llanto, ¿cómo se puede alcanzar él mismo como otro recuperado y rescatado?

Si algo nos dejan ver las voces expuestas en *Los hombres no lloran* es la manera en que los varones se convierten en sujetos de una cultura que emerge de un complejo de relaciones de poder. En este tránsito el cuerpo se convierte en máquina que canaliza problemáticamente los conflictos subrepticios del poder ya mediante la performatividad subliminal o por discursividad inconsciente. En este aspecto detectamos a los entrevistados, cual sujetos cuyo lenguaje expresa gran ansiedad por posicionarse simbólicamente en el centro de la andro-cultura misma, aunque se encuentren literalmente encarcelados. De ahí su dificultad para concienciarse y rebelarse ante la domesticación psico-social. Difícil resulta así expulsar lo que se internaliza de la ideología dominante. Y al no lograr retener el impulso de transgresión emergen el síntoma verbal y el “performance” perturbador. En su negativa a permitir la espontánea expresión del cuerpo y del lenguaje mismo el hombre encuentra entonces la represión como parte de la ley patriarcal y su insistencia en fijar la mirada logocéntrica en lo conceptual que supuestamente se anticipa a la imperfección del cuerpo y las políticas subversivas a que podrían llevar sus libres prácticas. El subrepticio discurso del libro es elocuente en estos aspectos y rompe con el temor de verse en el espejo que el ciego hombre ha utilizado como Medusa.

Pero, la metáfora paterna parece ya haber perdido la autoridad de antaño y los horizontes que ahora se presentan para muchos podrían parecer reveladores. Algunos todavía podrían parecer reveladores. Algunos todavía podrían continuar funcionando bajo el simbolismo del relato freudiano del parricidio en que los hijos heterosexuales (y quien sabe si las mujeres y gays que Freud no menciona) se enfrentan a los autoritarismos del simbólico padre, ‘eliminándolo’. Si algo ha quedado bien claro en los discursos descentralizadores y desarticuladores del patriarcado es que no se nace hombre sino que se llega a serlo cabal y sublimemente mediante la crítica y la superación de los mandatos simbólicos impuestos por la atávica cultura androcéntrica y patriarcal. No se nace hombre sino que la cultura enseña a serlo y esta última es la responsable de tipo de ética y conducta que éste habrá de asumir. Se requiere entonces reconstruir un logos que no prescinda tanto del cuerpo en sus mayores expresiones de belleza, justicia y dignidad. El librarse del anillo que lo encarcela.

Los hombres no lloran, es decir los hombres no textualizan el sentimiento de ser en el devenir con los otros. Mientras que las mujeres, a lo largo de la historia, fueron reprimidas de expresar su textualidad, de articular su propio y autónomo vivencial, el hombre sí se ha textualizado históricamente pero como sujeto de gran represión imaginaria y limitado por el anillo de su propio encarcelamiento. De ahí que el libro coincida con la visión lacaniana que distingue cómo el hombre deviene en sujeto a través de la óptica enajenada de su propia representación, guiado por la ficción y el libreto de la mirada hacia un yo construido idealmente y que le impone el simbólico orden patriarcal al llevarlo a abandonar el ámbito imaginario de significaciones amplias y alternas y que llevarían a un narcisismo menos patológico.

Así, *Los hombres no lloran* nos representa un oportuno discurso que nos prepara para el llanto, para el gran sangrado o expiación que debemos realizar. Más allá del formidable llanto nacional que nos transmitiera Julia de Burgos en “Río Grande de Loíza”, y sin el masculino y sangriento río de Corretjer, se nos lleva a indagar en el porqué los hombres no se expresan de otra manera, por qué no son más sentimentales, más materpaternos, más auténticos y más en lo que tanto han deseado los humanistas modernos..., por qué no son más auténticamente humanos.